

ÁNGEL
GANIVET

IDEARIUM ESPAÑOL

EL PORVENIR DE ESPAÑA

Edición
E. Inman Fox



COLECCIÓN AUSTRAL

C

Si contrastamos el pensamiento filosófico de una obra maestra de arte con el pensamiento de la nación en que tuvo origen, veremos que, con independencia del propósito del autor, la obra encierra un sentido, que pudiera llamarse histórico, concordante con la historia nacional: una interpretación del espíritu de esta historia. Y cuanto más estrecha sea la concordancia, el mérito de la obra será mayor, porque el artista saca sus fuerzas invisiblemente de la confusión de sus ideas con las ideas de su territorio, obrando como un reflector en el que estas ideas se cruzan y se mezclan, y adquieren al cruzarse y mezclarse la luz de que separadas carecían. Una de las obras mayores de nuestro teatro es *La vida es sueño*, de Calderón: en ella, en un caso psicológico individual que tiene un valor simbólico universal, nos da el artista una explicación clara, lúcida y profética de nuestra historia. España, como Segismundo, fue arrancada violentamente de la caverna de su vida oscura de combates contra los africanos, lanzada al foco de la vida europea y convertida en dueña y señora de gentes que ni siquiera conocía; y cuando después de muchos y extraordinarios sucesos, que parecen más fantásticos que reales, volvemos a la

razón de nuestra antigua caverna, en la que nos hallamos al presente encadenados por nuestra miseria y nuestra pobreza, preguntamos si toda esa historia fue realidad o fue sueño, y sólo nos hace dudar el resplandor de la gloria que aún nos alumbra y seduce como aquella imagen amorosa que turbaba la soledad de Segismundo y le hacía exclamar: «Sólo a una mujer amaba — que fue verdad creo yo, — pues que todo se acabó — y esto sólo no se acaba.»

Un pueblo no puede, y si puede no debe, vivir sin gloria; pero tiene muchos medios de conquistarla, y además la gloria se muestra en formas varias: hay la gloria ideal, la más noble, a la que se llega por el esfuerzo de la inteligencia; hay la gloria de la lucha por el triunfo de los ideales de un pueblo contra los de otro pueblo; hay la gloria del combate feroz por la simple dominación material; hay la gloria más triste de aniquilarse mutuamente en luchas interiores. España ha conocido todas las formas de la gloria, y desde hace largo tiempo disfruta a todo pasto de la gloria triste: vivimos en perpetua guerra civil. Nuestro temperamento, excitado y debilitado por inacabables períodos de lucha, no acierta a transformarse, a buscar un medio pacífico, ideal, de expresión y a hablar por signos más humanos que los de las armas. Así vemos que cuantos se enamoran de una idea (si es que se enamoran), la convierten en medio de combate; no luchan realmente porque la idea triunfe; luchan porque la idea exige una forma exterior en que hacerse visible, y a falta de formas positivas o creadoras aceptan las negativas o destructoras: el discurso, no como obra de arte, sino como instrumento de demolición; el tumulto, el motín, la revolución, la guerra. De esta suerte, las ideas, en vez de servir para crear obras durables, que, fundando algo nuevo, destruyen indirectamente lo viejo e inútil, sirven para destruirlo todo, para

asolarlo todo, para aniquilarlo todo, pereciendo ellas también entre las ruinas.

Es indispensable forzar nuestra nación a que se desahogue racionalmente, y para ello hay que infundir nueva vida espiritual en los individuos y por ellos en la ciudad y en el Estado. Nuestra organización política hemos visto que no depende del exterior; no hay causa exterior que aconseje adoptar esta o aquella forma de gobierno: nuestras aspiraciones de puertas afuera o son infundadas o utópicas, o realizables a tan largo plazo, que no es posible distraer a causa de ellas la atención y continuar viviendo a la expectativa. La única indicación eficaz que del examen de nuestros intereses exteriores se desprende es que debemos robustecer la organización que hoy tenemos y adquirir una fuerza intelectual muy intensa, porque nuestro papel histórico nos obliga a transformar nuestra acción de material en espiritual. España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y de conquista; ha sido la primera en decaer y terminar su evolución material, desparramándose por extensos territorios, y es la primera que tiene ahora que trabajar en una restauración política y social de un orden completamente nuevo: por tanto, su situación es distinta de la de las demás naciones europeas, y no debe de imitar a ninguna, sino que tiene que ser ella la iniciadora de procedimientos nuevos, acomodados a hechos nuevos también en la Historia. Ni las ideas francesas, ni las inglesas, ni las alemanas, ni las que puedan más tarde estar en boga, nos sirven, porque nosotros, aunque inferiores en cuanto a la influencia política, somos superiores, más adelantados en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución; por el hecho de perder sus fuerzas dominadoras (y todas las naciones han de llegar a perderlas), nuestra nación ha entrado en una nueva fase de su vida histórica y ha de ver cuál dirección

le está marcada por sus intereses actuales y por sus tradiciones.

El problema político que España ha de resolver no tiene precedentes claros y precisos en la Historia. Una nación fundadora de numerosas nacionalidades logra, tras un largo período de decadencia, reconstituirse como fuerza política animada por nuevos sentimientos de expansión: ¿qué forma ha de tomar esta segunda evolución para enlazarse con la primera y no romper la unidad histórica a que una y otra deben de subordinarse? Porque aquí la unidad no es un artificio, sino un hecho; el artificio sería cortar con la tradición y pretender comenzar a vivir nuestra vida, como si fuéramos un pueblo nuevo, acabado de sacar del horno. España tiene acaso caminos abiertos para emprender rumbos diferentes de los que le señala su historia; pero un rompimiento con el pasado sería una violación de las leyes naturales, un cobarde abandono de nuestros deberes, un sacrificio de lo real por lo imaginativo. Ninguna nueva acción exterior puede conducirnos a restaurar la grandeza material de España, a reconquistarle el alto rango que tuvo; nuestras nuevas empresas serían como las pretensiones de esos viejos impenitentes que, en lugar de resignarse y consagrarse al recuerdo de sus nobles amores juveniles, se arrastran en busca de nuevos amores fingidos, de nuevas caricias pagadas, de parodias risibles, cuando no repugnantes, de las bellas escenas de la vida sentimental.

En cambio, si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos, e infundir en ellos el culto de unos mismos ideales, de nuestros ideales, cumpliríamos una gran misión histórica y daríamos vida a una creación, grande, original, nueva en los fastos políticos; y al cumplir esa misión no trabajaríamos en beneficio de una idea generosa, pero sin

utilidad práctica, sino que trabajaríamos por nuestros intereses, por intereses más trascendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorio. Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar de táctica y sacar a la luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia, las cuales existen latentes en España y pueden, cuando se desarrollen, levantarlos a grandes creaciones que, satisfaciendo nuestras aspiraciones a la vida noble y gloriosa, nos sirvan como instrumento político, reclamado por la obra que hemos de realizar. Desde este punto de vista, las cuestiones políticas a que España consagra principalmente su atención sólo merecen desprecio. Vivimos imitando, debiendo de ser creadores; pretendemos regir nuestros asuntos por el ejemplo de los que vienen detrás de nosotros, y andamos a caza de formas de gobierno, de exterioridades políticas, sin pensar jamás qué vamos a meter dentro de ellas para que no sean pura hojarasca.

La organización de los poderes públicos no es materia muy difícil, no exige ciencia ni arte extraordinarios, sino amplitud de criterio y buena voluntad. Una sociedad que comprende sus intereses organiza el poder del modo más rápido posible y pasa a otras cuestiones más importantes; una nación que vive un siglo constituyéndose no es nación seria; en ese hecho sólo da a entender que no sabe a dónde va, y que por no saberlo se entretiene discutiendo el camino que conviene seguir. Los poderes no son más que andamiajes; deben de estar hechos con solidez para que se pueda trabajar sobre ellos sin temor a accidentes: lo esencial es la obra que, ya de un modo, ya de otro, se ejecuta. La obra de restauración de España está muy cerca del cimiento; el andamiaje sube hasta donde con el tiempo podrá llegar el tejado, y hay gentes insaciables e insensatas que no están con-

tentas todavía. La falta de fijeza que se nota en la dirección de nuestra política general es sólo un reflejo de la falta de ideas de la nación; de la tendencia universal a resolverlo todo mediante auxilios extraños, no por propio y personal esfuerzo: la nación entera aspira a la acción exterior, a una acción indefinida y no comprendida que realce nuestro mermando prestigio; las ciudades viven en la mendicidad ideal y económica, y todo lo esperan del Estado; sus funciones son reglamentarias y materiales: cuando conciben algo grande, no es ninguna grandeza ideal, sino una grandeza cuantitativa, el ensanche, que viene a ser una reducción de la idea de agrandamiento nacional por medio de la anexión de territorios o terrenos que no nos hacen falta; los individuos trabajan lo suficiente para resolver el problema de no trabajar, de suplir el trabajo personal que requiere gasto de iniciativas y de energías por alguna función rutinaria, concuerde o no concuerde con las aptitudes o los escasos conocimientos adquiridos. En suma, las esperanzas están siempre cifradas en cambio exterior favorable, no en el trabajo constante e inteligente.

Dadas estas ideas, los cambios políticos sirven sólo para torcer más los viciados instintos. Un ejemplo muy claro nos ofrecen nuestras universidades. Se creyó encontrar el remedio para nuestra penuria intelectual infundiendo a los centros docentes nueva savia, transformándolos de escuelas cerradas en campos abiertos, como se dice, a la difusión de toda clase de doctrinas. Y la idea era buena, y lo sería si no estuviera reducida a un cambio de rótulo. Porque la libertad de la cátedra no es buena ni mala en sí: es un procedimiento que puede ser útil o inútil, como el antiguo, según el uso que de él se haga. La enseñanza exclusivista sería buena si los principios en que se inspira tuviesen vigor bastante, sin necesidad de las excitaciones de la controversia, para

mantener vivas y fecundas las ciencias y las artes de la nación: por este sistema tendríamos una cultura un tanto estrecha de criterio e incompleta; pero, en cambio, tendríamos la unidad de inteligencia y de acción. Sólo cuando las doctrinas decaen y pierden su fuerza creadora se hace necesario introducir levadura fresca que las haga de nuevo fermentar. La enseñanza libre (y no hablo de las formas ridículas que en la práctica ha tomado en España) tiene también, como todas las cosas, dos asas por donde cogerla: el punto flaco es la falta de congruencia entre las diferentes doctrinas, el desequilibrio intelectual que las ideas contradictorias suelen producir en las cabezas poco fuertes; la parte buena es la impulsión que se da al espíritu para que con absoluta independencia elija un rumbo propio y se eleve a concepciones originales. Nosotros hemos tocado el mal, pero no el bien. Se decía que la enseñanza católica nos condenaba a la atrofia intelectual; la libertad de enseñanza nos lleva a un rápido embrutecimiento. Sabemos que en esta o aquella universidad existen rivalidades seudocientíficas, porque leemos u oímos que los adherentes a los diversos bandos han promovido un tumulto o han venido a las manos como carreteros. Lo que no había antes ni ahora, salvo honradísimas excepciones, es quien cultive la ciencia científicamente y el arte artísticamente; se han perdido todos los pesos y todas las medidas, salvándose sólo una: la de las funciones públicas; sea cual fuere la especie y mérito de una obra, sabemos que no será estimada sino después que el autor ocupe un buen puesto en los escalones sociales. De aquí la subordinación de todos nuestros trabajos, de nuestros escasos trabajos, al interés puramente exterior; y aún hay mérito en los que los subordinan puesto que la generalidad los suprime del todo y se contenta con los puestos de los escalafones. Las universidades, como el Estado, como los Municipios, son organismos vacíos; no

son malos en sí, ni hay que cambiarlos; no hay que romper la máquina: lo que hay que hacer es echarle ideas para que no ande en seco. Para romper algo, rompamos el universal artificio en que vivimos, esperándolo todo de fuera y dando a la actividad una forma exterior también; y luego transformaremos la charlatanería en pensamientos sanos y útiles, y el combate externo que destruye en combate interno que crea. Así es como se trabaja por fortalecer los poderes públicos, y así es como se reforman las instituciones.

* * *

Si yo fuese consultado como médico espiritual para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos (porque padecimiento hay y de difícil curación), diría que la enfermedad se designa con el nombre de «no querer», o en términos más científicos por la palabra griega «aboulía», que significa eso mismo, «extinción o debilitación grave de la voluntad»; y la sostendría, si necesario fuera, con textos de autoridades y examen de casos clínicos muy detallados, pues desde Esquirol y Maudsley hasta Ribot y Pierre Janet hay una larga serie de médicos y psicólogos que han estudiado esta enfermedad, en la que acaso se revela más claramente que en ninguna otra el influjo de las perturbaciones mentales sobre las funciones orgánicas.

Hay una forma vulgar de la abulia que todos conocemos y a veces padecemos. ¿A quién no le habrá invadido en alguna ocasión esa perplejidad del espíritu, nacida del quebranto de fuerzas o del aplanamiento consiguiente a una inacción prolongada, en que la voluntad, falta de una idea dominante que la mueva, vacilante entre motivos opuestos que se contrabalancean, o dominada por una idea abstracta, irrealizable, permanece irresoluta, sin saber qué hacer y sin determinarse a hacer nada? Cuando tal si-

tuación de pasajera se convierte en crónica, constituye la abulia, la cual se muestra al exterior en la repugnancia de la voluntad a ejecutar actos libres. En el enfermo de abulia hay un principio del movimiento, que demuestra que la voluntad no se ha extinguido en absoluto; pero ese movimiento actúa débilmente y rara vez llega a su término. No es un movimiento desordenado que pueda ser confundido con los del atáxico: hay en un caso debilidad, y en otro falta de coordinación; y tanto es así, que en la abulia, fuera de los actos libres, los demás, los psicológicos, los instintivos, los producidos por sugestión, se realizan ordenadamente.

Los síntomas intelectuales de la abulia son muchos: la atención se debilita tanto más cuanto más nuevo o extraño es el objeto sobre el cual hay que fijarla; el entendimiento parece como que se petrifica y se incapacita para la asimilación de ideas nuevas: sólo está ágil para resucitar el recuerdo de los hechos pasados; pero si llega a adquirir una idea nueva, falto de contrapeso de otras, cae de la atonía en la exaltación, en la «idea fija» que le arrastra a la «impulsión violenta».

En las enfermedades hay, al lado de los casos típicos, casos similares; en esta de que aquí se trata, el número de los primeros no es muy crecido, mientras que el de los segundos es abrumador: en España, por ejemplo, hay muchos enfermos de la voluntad, y como consecuencia un estado de «abulia colectiva». Yo no profeso la sociología metafórica que considera las naciones como organismos tan bien determinados como los individuales. La sociedad es sólo una resultante de las fuerzas de sus individuos: según éstos se organicen, podrán producir una acción intensa o débil, o neutralizarse por la oposición, y la obra total participará siempre del carácter de los que concurren a crearla.

El individuo, a su vez, es una reducción fotográfica de la sociedad: la vida individual fisiológica es una combinación de la energía vital interna con las fuerzas exteriores absorbidas y asimiladas; la vida espiritual se desarrolla de un modo análogo, nutriéndose el espíritu de los elementos ideales que la sociedad conserva como almacenados, según la expresión de Foullée. En este sentido, creo yo que es provechosa la aplicación de la psicología individual a los estados sociales, y la patología del espíritu a la patología política.

En nuestra nación se manifiestan todos los síntomas de la enfermedad que padecemos la mayoría de los españoles: realizanse los actos fisiológicos y los instintivos; como funciona el organismo individual para vivir, así trabaja la sociedad para vivir; el trabajo, que es libre para el individuo, para la sociedad es necesario, a menos que se trate de pueblos vagabundos; igualmente el ocultar la riqueza a las investigaciones del fisco es acto social tan instintivo como el de cerrar los ojos ante el amago de un golpe. Los actos que no encontramos son los de libre determinación, como sería el intervenir conscientemente en la dirección de los negocios públicos. Si en la vida práctica la abulia se hace visible en el no hacer, en la vida intelectual se caracteriza por el no atender. Nuestra nación hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo. Nada le interesa, nada la mueve de ordinario; mas de repente una idea se fija, y no pudiendo equilibrarse con otras, produce la impulsión arrebatada. En estos últimos años hemos tenido varios movimientos de impulsión típica producidos por ideas fijas: integridad de la patria, justicia histórica y otras semejantes. Todas nuestras obras intelectuales se resienten de esta falta de equilibrio, de este error óptico; no vemos simultáneamente las cosas como son, puestas en sus lugares respectivos, sino que las vemos a retazos, hoy

unas, mañana otras: la que un día estaba en primer término ocultando las demás, al siguiente queda olvidada porque viene otra y se le pone delante.

Son innumerables las opiniones emitidas para explicar el origen de la abulia: en un principio estuvo considerada como una forma de la locura, y los alienistas la bautizan con el nombre de «delirio de contacto», fijándose sólo en el hecho exterior característico de la enfermedad. Según esta teoría, nuestra nación podría ser considerada como una jaula de locos rarísimos, atacados de una manía extraña: la de no poder sufrirse los unos a los otros. Yo no acepto esta opinión, porque, como dije, en los enfermos de abulia las perturbaciones de la voluntad no revelan desorden, sino abatimiento de la energía funcional. A excepción de Ribot, que se inclina a creer que la causa de tan curioso estado patológico es de naturaleza sentimental, la falta de deseos, todos los patólogos por distintos caminos llegan a encontrarse, a coincidir en el parecer de que la causa es una perturbación de las funciones intelectuales. Janet, que publicó hace algunos años un curioso estudio de observación personal sobre «Un caso de abulia e ideas fijas», cree que el aniquilamiento de la voluntad proviene de la falta de atención, y, por consiguiente, de percepción. Sin embargo, de aparecer estos síntomas con carácter constante, creo yo que no es posible marcar entre ellos una relación de causalidad; porque las facultades intelectuales exteriorizadas participan de la voluntad, y así puede afirmarse que la voluntad es débil porque la atención es inconstante y la percepción confusa, como decirse que la atención no es viva ni la percepción clara porque la voluntad no es intensa.

La actividad espiritual exteriorizada es un reflejo de la actividad íntima; en el acto de crear, esto es axiomático: ¿cómo concebir que hay un cerebro va-

cío detrás de la obra genial del sabio o del artista, o un espíritu helado en los transportes de la pasión? Como la falta de apetito material denota una disminución de la actividad digestiva, así también la falta de apetito espiritual, manifestada en la desidia de las facultades que actúan exteriormente, revela una debilitación de esa energía asimiladora interna que los aristotélicos llamaban entendimiento agente y los positivistas sentido sintético, que no es otra cosa que la inteligencia misma funcionando según la ley de asociación. Así, pues, la causa de la abulia es, a mi juicio, la debilitación del sentido sintético, de la facultad de asociar las representaciones. En relación con lo pasado, la inteligencia funciona con regularidad, porque la memoria se encarga de reproducir ideas cuya asociación estaba ya formada; pero en relación con lo presente, el trabajo mental, que para los individuos sanos es fácil y agradable, como es fácil y agradable la digestión cuando se come con buen apetito, para los enfermos de no querer es difícil y doloroso; las representaciones suministradas por los sentidos se convierten en datos intelectuales irreductibles, que unas veces, las más, se extinguen sin dejar huella, y otras se fijan penosamente, como agujas clavadas en el cerebro, y producen gravísimas perturbaciones.

¿Qué relación guarda la debilitación del sentido sintético y la falta de voluntad? La misma que la idea y el acto libre, tan estrecha que se ha llegado a fundir una y otra en una sola entidad: de aquí la idea-fuerza, la idea-voluntad y otros términos nuevos de los filósofos a la moda. En el acto voluntario hay dos elementos que engendran un tercero: un individuo y una idea que producen una energía. El individuo contiene en sí, personalmente unificados, los elementos que recibió por herencia, o que adquirió por su trabajo, o por el simple hecho de vivir en sociedad. La representación o la idea está en el indivi-

duo, como las líneas y colores sobre el fondo de un cuadro: sobre un mismo fondo se pueden trazar infinitas líneas y combinar infinitos colores. Según rija o no la idea de asociación, de esa variedad nacerá la creación artística o el borrón confuso, informe. Cuando las representaciones intelectuales, como los colores y las líneas, se agrupan alrededor de ideas céntricas, van siendo más claras a medida que el número de ellas va aumentando. Es, pues, inmenso el valor de la facultad sintética, sin la cual los esfuerzos intelectuales son vanos y aun contraproducentes, a la manera que lo serían las pinceladas de un ciego que intentara pintar o retocar un cuadro. En el enfermo de abulia las ideas carecen de esta fundamental condición: la sociabilidad. Por lo cual sus esfuerzos intelectuales carecen de eficacia: en unos casos, la idea fija, que es la que influye más enérgicamente sobre la voluntad, produce la determinación arrebatada, violenta, que alguien confunde con la del alienado; en otros, la idea abstracta o la idea ya vieja, reproducida por la memoria, engendran el deseo débil, impotente, irrealizable; no existen las ideas más fecundas, las ideas sanas que nacen del estudio reflexivo y de la observación consciente de la realidad.

La voluntad colectiva funciona de una manera análoga. Las sociedades tienen personalidad, ideas, energías. Aunque la conciencia colectiva no se muestre tan clara y determinada como la de un individuo, existe y puede obrar mediante actos colectivos, que obedecen a ideas colectivas en el fondo, no obstante aparecer concentradas en un reducido número de inteligencias. Si la idea de un gran estadista fuese arbitraria o caprichosa, ajena al pensamiento y al sentimiento generales, no podría adelantar un paso. La que parece idea original de un hombre, es sólo interpretación de ideas o deseos vagos, indeterminados, que la sociedad siente, sin acertar a darles la expresión propia y exacta. Y en tanto que el pensa-

miento de una nación no está claramente definido, la acción tiene que ser débil, indecisa, transitoria. El sentido sintético es en la sociedad, y en particular en quienes la dirigen, la capacidad para obrar conscientemente, para conocer bien sus propios destinos. Hay naciones en las que se observa por encima de las divergencias secundarias una rara y constante unanimidad para «comprender sus intereses». Esta comprensión parece tan clara como la de un individuo que en un momento cualquiera, recordando su pasado y examinando su situación presente, se da cuenta precisa de lo que es o de lo que representa.

En otras sociedades, por el contrario, predomina el desacuerdo; los intereses parciales, que son como las representaciones aisladas en los individuos, no se sintetizan en un interés común, porque falta el entendimiento agente, la energía interior que ha de fundirlos; las apreciaciones individuales son irreducibles, y la actividad derivada de ellas tiene que ser pobre y desigual. Unas veces el móvil será la tradición, que jamás puede producir, aunque otra cosa se crea, un impulso enérgico, porque en la vida intelectual lo pasado, así como es centro poderoso de resistencia, es principio débil de actividad; otras veces se obedecerá a una fuerza extraña, pues las sociedades débiles, como los artistas de pobre ingenio, suplen con las imitaciones la falta de propia inspiración. Ya el interés secundario se colocará transitoriamente en primer término y producirá desviaciones, retrocesos, trastornos en la marcha de la sociedad; ya la idea del interés general, más que conocida, vislumbrada, creará un estado momentáneo de falsa energía y de actividad engañosa; echándose siempre de menos la idea clara, precisa, del interés común, y la acción constante, serena, que se encamina a realizarlo.

De lo dicho se infiere cuán disparatado es preten-

der que nuestra nación recobre la salud perdida por medio de la acción exterior; si en lo poco que hoy hacemos revelamos nuestra flaqueza, ¿qué ocurriría si intentáramos acelerar más el movimiento? La restauración de nuestras fuerzas exige un régimen prudente, de avance lento y gradual, de subordinación absoluta de la actividad a la inteligencia, donde está la causa del mal y a donde hay que aplicar el remedio. Para que la acción sea útil y productiva, hay que pensar antes de obrar, y para pensar se necesita, en primer término, tener cabeza. Este importante órgano nos falta desde hace mucho tiempo, y hay que crearlo, cuéstenos lo que nos cueste. No soy yo de los que piden un genio, investido de la dictadura; un genio sería una cabeza artificial que nos dejaría luego peor que estamos. El origen de nuestra decadencia y actual postración se halla en nuestro exceso de acción, en haber acometido empresas enormemente desproporcionadas con nuestro poder; un nuevo genio dictador nos utilizaría también como fuerzas ciegas, y al desaparecer, desapareciendo con él la fuerza inteligente, volveríamos a hundirnos sin haber adelantado un paso en la obra de restablecimiento de nuestro poder, que debe de residir en todos los individuos de la nación y estar fundado sobre el concurso de todos los esfuerzos individuales.